

PUBLICACIONES DEL CONSEJO SUPERIOR DE ENSEÑANZA

SERIE I. NUM. 1

DISCURSO DE GRADUACION

PRONUNCIADO POR

EMILIO S. BELAVAL

EN OCASION DE LA TRIGESIMA NOVENA COLACION
DE GRADOS DE LA UNIVERSIDAD DE P. R.
— CELEBRADA EL 26 DE MAYO DE 1943



PUERTO RICO—MCMXLIII

PUBLICACIONES DEL CONSEJO SUPERIOR DE ENSEÑANZA

SERIE I. NUM. 1

DISCURSO DE GRADUACION

PRONUNCIADO POR

EMILIO S. BELAVAL

EN OCASION DE LA TRIGESIMA NOVENA COLACION
DE GRADOS DE LA UNIVERSIDAD DE P. R.
CELEBRADA EL 26 DE MAYO DE 1943



PUERTO RICO—MCMXLIII

DISCURSO DE EMILIO S. BELAVAL

Preocupación y Objetivo.

Yo confieso que tenía hambre y sed de hablar con la juventud de mi tierra. No sé si las palabras que siguen rompen con el marco tradicional de los discursos de colación de grados, pero aun a ese riesgo me atrevo. No ha habido un momento más difícil en la historia de nuestro país, que el momento presente. No podemos responsabilizar a nadie de los problemas culturales que se precipitan hoy en Puerto Rico. Hay una cosa superior a nuestras pequeñas delincuencias como pueblo, que está acabando con un tiempo viejo, dentro del cual nosotros hemos sido víctimas, como lo han sido casi todos los pueblos del mundo. Lo que me preocupa es la despreocupación con que la mayoría de nuestros pensadores se manifiestan ante esta aguda crisis de nuestros más hondos problemas del espíritu. Incluyo en esta despreocupación a hombres en quienes habíamos puesto cierta confianza intelectual en el pasado, que todavía siguen aferrados a una ideita o apegados a una actitud minúscula en un momento en que se necesita un hondo coraje para hacer subsistir cualquiera de las mínimas cosas que quisiéramos afianzar en el momento actual. Para nosotros parece que la historia no ha caminado en los últimos seis años. Se da aquí el complejo que tanto ha preocupado a los comentaristas del último minuto: que el pensamiento puertorriqueño, aún el pensamiento liberal en nuestra tierra, cree que su misión esencial en la hora de ahora es mantener un orden anterior contra un nuevo orden. Se necesita tener ceguera en ambos ojos, sordera en ambas orejas, un profundo letargo moral para creer, que toda la lucha actual de la humanidad es para que volvamos a caer en la estática espectral de la preguerra.

Puerto Rico vive el momento actual sin suficiente angustia de guerra gravitando sobre su conciencia. Psicológicamente, yo creo, que la guerra para nosotros no pasa de ser una inconveniencia transitoria o un problema personal. No hay peor disposición mental para un país en guerra que olvidarse de la guerra, que ignorar la presencia de un hecho tremendo, un hecho que tiene que crear una calenturienta épica del sentimiento, una beligerancia del intelecto, que le haga sufrir al hombre en su propia carne y en su propio hueso, el dolor

fecundo de saber que otra vez la causa de su espíritu se ha ganado o se ha perdido.

Ninguna guerra en el pasado tuvo la trascendencia que para el hombre común tiene el conflicto presente. La guerra antes era una técnica aceptada por la humanidad para libertar a un pueblo de un vecino ambicioso o para dirimir un conflicto entre las razas directoras de Occidente. Creó algunos pueblos libres a costa del recortamiento de los pueblos agresores, fabricó nacionalidades basadas en principios de raza, o de lenguas, o de minorías polilingües, que por primera vez se veían viviendo juntas, sin otra razón de subsistencia que volver a intentar el acantonamiento; mantuvo alguna que otra vez la cabeza de puente de una civilización que se sentía amenazada por sus cuatro flancos, una civilización que confiaba más en su coraza política, que en su propia virtualidad como fruto del espíritu contemporáneo. Pero nunca la guerra intentó, como pretende ahora, llegar hasta la entraña misma de la libertad, para que la paz que sobrevenga, no tenga el tragicómico alcance de las guerras del pasado. No se comprenderá la aguda crisis de las ideas de nuestro tiempo, hasta tanto no se ponga en claro el problema social, la magna alternativa moral que plantea esta guerra, una guerra sin distancias moderadoras que circunscriba sus límites, una guerra que estamos viviendo todos, que tarde o temprano tendremos que vivir todos, porque por primera vez una revuelta bélica, que se ha definido por alguien como lucha de encrucijada, de casa por casa y de hombre por hombre, intenta intervenir en el destino de nuestra propia alma.

Estas líneas sencillas, sin petulancias ni estridencias, no tienen otro propósito que interesar a mis jóvenes amigos de la Universidad en el problema crucial de su vida futura; en pretender, poniendo las cosas en claro, que cada uno de ustedes se ponga en plan de combatiente, porque por primera vez, no podremos repartir las cosechas de ninguna tierra conquistada, ni aprovecharnos de los aeroplanos demovilizados para ir a curiosear los territorios compartidos, porque esta vez cada hombre tendrá dentro de su pecho el minúsculo campo de batalla donde se ha de librar la más feroz de las contiendas de la humanidad.

Técnica y Panorama de la Penguerra.

El problema fundamental de la democracia en la penguerra es el conflicto entre la fórmula política y el hombre. La democracia clásica se olvidó de los instintos adquisitivos y creó un montoncito de libertades teóricas que no pudieron enfrentarse ante la rapiña del hombre contra el hombre. Se había abolido un sistema de castas pero

se había instalado un sistema de clases. La casta que no entendía de los tremendos clarosucos que tiene el concepto de libertad, hizo el milagro de agrupar dos veces al hombre de centro. La primera vez lo pacificó, lo alimentó y creó el equilibrio de la ciudad feudal, donde el siervo vivía de su amo, y medraba a la sombra de su favor espiritual; la segunda vez lo irritó, lo despojó y creó el desequilibrio de la comuna, donde el siervo le cortó el pescuezo a su amo y destruyó la buena sombra que antaño le cobijara para crear él un nuevo cuño social: la clase. El florecimiento del burgués, portero de la bienandanza capitalista, ha traído esta nueva crisis, que puede ser la última, si surge un nuevo valor moral en nuestro mundo que se llama pueblo, o puede ser solamente la antesala de un nuevo cataclismo universal.

El hombre democrático hizo un endiablado papel que hablaba de derechos inalienables, o sea trató de proteger el miedo que aun sentía el burgués contra un posible resurgimiento de la casta, impuesto por las bayonetas austriacas; que también hablaba del derecho a la propiedad, o sea, trató de proteger el miedo que empezaba a sentir el burgués contra un posible entronizamiento del pueblo, impuesto por las papeletas electorales y con estos derechos inalienables y derechos a la propiedad, y libertad de contratación y otras linduras, hemos visto como todo el contenido de humanismo que contenía el primer papel constitucional de la era moderna, para lo único que ha servido desde el 1800 para acá, es para legalizar la explotación del pueblo por una clase, para enajenar el derecho a la felicidad y a la belleza, para que unos pocos esgriman el derecho de propiedad como un poderoso instrumento económico, aún contra el propio estado. Se concreta esta nota a presentar el panorama de la penguerra y no vamos a tratar por ahora de presentar esta última etapa de la lucha, que es la rebelión del pueblo contra el concepto de clase.

El error fundamental de la democracia en la penguerra fué haber creado la preponderancia de la libertad política, o sea, la sensación de sentirse libre contra la libertad económica, o sea, la seguridad de ser libre. La democracia estaba principalmente instrumentada para la preservación de un orden público electoral, pero no tenía la libertad de contrato restringida, ni la propiedad privada delimitada y tuvo que sentir el choque de los dos derechos más en conflicto y en desigualdad: el derecho a la felicidad del pueblo contra el derecho a la propiedad de una clase. Había una economía legalizada por un orden constitucional que se suponía ser una de las más preciosas conquistas de la humanidad. La mentalidad que esto creó en las naciones democráticas fué de tal alcance que por poco se nos disuelve

en el pecho nuestro respeto por la democracia. Se nos había enseñado que la democracia era inmortal en las luchas cívicas porque llevaba dentro de sí la oposición y la revolución, que contaba con la minoría fiscalizadora y con el derecho a derrotar al gobierno en cada comicio. Pero el pensamiento minorista, presionado por la preponderancia de lo político sobre lo social, era a su vez una voz de minoría puramente política, y no representaba otra cosa que el credo netamente político del candidato derrotado. Para cambiar el gobierno, el pueblo no tenía poder, porque aquel pueblo tenía que estar pendiente del pito de una fábrica para comer. Si el acaparamiento de la riqueza no hubiera llegado al límite escalofriante a que llegó, y el capitalista no hubiera soñado con el control remoto de todos los mercados del mundo, sólo Dios sabe cuántos obreros aun estarían pendientes del patriarcal chirrido del pito de su fábrica, antes de ir a votar.

El sentido de clase funcionaba como un desplazamiento sistemático de seres, de instituciones, de gobiernos. El fenómeno era tan agudo que hasta el obrero no tenía otro sueño que llegar a capataz, el capataz a jefe de planta, el jefe de planta a jefe de división, el jefe de división a administrador, el administrador a presidente de la junta de directores. En este período donde la clase capitalista llega a su mayor poderío y absorción, donde incluso sueña con aislarse de la protección constitucional, planeando ya en organizar una casta universal para la explotación por unos cuantos de todas las materias primas del mundo, bastaba para derrocar un gobierno en los Balcanes una simple reunión de una junta de directores. Mientras tanto el pueblo, la unidad humana de cada hombre, la unidad política de los muchos hombres, la unidad cultural de todo ser humano, se despedazaba tratando de desplazar a su vecino. El político triunfaba contra el líder de pueblo, contra el hombre culto, contra el economista sincero que predicaba que el agua, la tierra, el aire, eran productos patrimoniales del hombre, cuya explotación individual crearía a la larga un cataclismo moral y un tipo de vida anti-cristiano.

Todo el mundo rehuyó la pelea en favor de la dignidad humana, todo el mundo temblaba por su subsistencia, todo ser humano corría a buscar el arrimo de la sombra patriarcal, sin darse cuenta de que la sombra a que se acogía era como la sombra del manzanillo que le envenenaba la conciencia y que le enajenaba el alma, el alma que lo hacía heredero de Moisés, discípulo del renacimiento, criatura predilecta del humanismo, usufructuario de los derechos del hombre, el alma que era brío, calor, ojos para ver y manos para crear, melodía íntima que prendía diálogo interior con las cosas nobles y sencillas,

el alma, en fin que era lo que le separaba de la bestia y del siervo. El panorama de la preguerra era pues, la deserción del hombre de la fórmula política que lo protegía. Se entregaron los valores morales a trueque de una dependencia que le vino como una ganancia espontánea a los que soñaban con el acaparamiento de los valores materiales.

Madrugada de la Postguerra.

Parecerá paradójico hablar de la postguerra cuando aun tenemos una guerra en sus comienzos. Hasta ahora la tendencia ha sido hablar de la guerra, hacer literatura de guerra y dejarle el período depresivo de la postguerra a los escandalizados pacifistas que vuelven a empuñar las riendas del estado y a llenar la prensa con nuevas promesas para los aislacionistas. Sin embargo, la realidad de esta guerra es distinta. Esta vez se trata de aprovechar la agresividad que moviliza todo intento bélico, para que cuando estalle la paz, la humanidad no se encuentre con las débiles estructuraciones sociales que la paz conlleva, cuando no se planea de antemano, en qué clase de mundo es que debe vivir el cansado combatiente, que cuantas veces ha arriado las armas, es para mantener otra lucha mortal contra el hambre.

Hay un tipo de literatura superficial que circula libremente durante las guerras que no se caracteriza nunca por su profundidad ni por su sinceridad. Es una literatura encaminada a mantener viva la llama del patriotismo, o a vender bonos de guerra, o a tranquilizar al burgués ofreciéndole un nuevo balance de poder que le recorte las contribuciones por los próximos veinticinco años o prometiéndole un nuevo campo de inversión en las tierras conquistadas. A veces se pierde la perspectiva trascendental de las ideas en crisis dentro de esta literatura superficial que es la que más se deja oír durante la contienda. Sin embargo la perspectiva trascendental que presenta esta guerra, no es derrotar a un enemigo en una batalla unilateral sino combatir a dos enemigos simultáneamente en una batalla campal, aún dentro del área neutral de la cultura. Uno de ellos es un enemigo fácilmente reconocible, que nos señala el campo de batalla, el parte de guerra, el comentarista militar de nuestra propaganda; otro, es un enemigo que no es tan fácil reconocer, que se nos ha quedado cómodamente refugiado en nuestra propia casa, de quien habla la literatura superficial de la guerra como de un saboteador silencioso de la causa democrática, cuando en realidad no es un saboteador de la democracia, sino es el problema en carne y hueso de la democracia en sí. Por eso cuando ustedes oigan hablar de la necesidad de salvar la democracia, no se sientan más optimistas cuando el parte de guerra

nos traiga la conquista de una plaza, si el parte doméstico no nos trae la conquista de una injusticia menos para el futuro. Porque la perspectiva trascendental de esta guerra es salvar definitivamente, no la fórmula política como intentamos hacer en la última guerra, ni la cultura de Occidente que es en sí misma una fuerza de agresión poderosa, sino salvar al hombre, salvar al hombre que tal vez sea, salvar al hombre contra sí mismo. Para esto tendremos que abrir nuestro frente en más beligerante anchura de la que exigiría nuestra acción de guerra. Porque esto es así, porque hay una guerra nuestra que se nos amaneció desde 1930 para salvar la herencia pura de la democracia, que es mucho más que salvar tan sólo la fórmula política de la democracia, estamos pues en la madrugada inmediata de la postguerra. Ha amanecido para la conciencia del mundo la gran batalla por la liberación total del hombre; para devolverle al ser humano la dignidad augusta de criatura hecha a semejanza de Dios, para estrangular en todos y cada uno de nosotros el hombrecito patizambo de ojos de rana y vientre de sapo que nos legara la preguerra. Por eso os dije antes, que todos y cada uno de nosotros estamos en guerra, que tarde o temprano tendríamos que ir a parar a ella aunque no fuéramos al campo de batalla, que tal vez estemos en guerra contra nosotros mismos. Antes de este momento cualquiera de nosotros que lograba agarrar un título universitario automáticamente quedaba incorporado a una clase que lo segregaba del resto de un gran pedazo de la humanidad, que era la gran masa de seres humanos que no tenían título. A su vez los que se quedaban sin título nos echaban en la cara su vaho enemigo de defraudados. Ellos nos pertenecían a nosotros económicamente, pero ¡ay!, a su vez nosotros le pertenecíamos a otra clase, que era más poderosa que la nuestra, que no gustaba por cierto de chicos inquietos que creyeran en la ley como un instrumento de justicia, con dinámica social inclusive, sino de muchachos que lucharon por mantener el régimen leguleyo que estaba acabando con la vitalidad de la democracia. Pero la madrugada de la postguerra se nos ha madrugado dentro, sin que ya nadie pueda esperar que en la tremenda depresión moral que cabalga a la jineta de la guerra, la desilusión de la guerra última nos vuelva a echar de nuevo en brazos de nuestro viejo sistema de clases. Ahora cuando salgáis de la universidad, os váis a encontrar con la realidad intelectual, con el nuevo clima moral, con la madrugada poderosa de una nueva cultura, que ya no es de Occidente ni de Oriente sino que es un desperezo trágico del viejo humanismo que para siempre creímos enterrado, que no os va a permitir ni política, ni económica, ni culturalmente asociaros al cómodo sistema de clases que para el mundo

de la preguerra había fabricado un viejo orden social que se derrumba. Toda madrugada sin lugar a duda se presta a las imágenes poéticas, pero la madrugada que amanece ahora no se origina con el poeta, sino que a éste se la dijo el pueblo. Ahora el poeta se encuentra armado con un poder que nunca tuvo; se encuentra armado con el excelso poder que le da el sufragio del pueblo, que es asimismo el único pecho que se enfrenta a las bayonetas. Tal vez os proponéis resistir y colgaréis vuestro diploma en una pared modesta y empezaráis a soñar con revivir el esplendor fenecido de un orden que os tuvo corriendo en automóvil mientras el resto de la humanidad caminaba a pie. Yo os emplazo cordialmente para la meditación fecunda en que os hará caer el simple hecho de que al uniros a una clase que se está derrumbando, sólo váis a mandar sobre las almas modestas de una taquígrafa de cuarenta pesos y un mensajero que de cuando en cuando sonreirá con desprecio porque no podréis darle el lujoso uniforme con que él a su vez había soñado. Algún día, tarde o temprano, os daréis cuenta que las profesiones para salvarse en el futuro, tienen que entrar en la madrugada de la postguerra, a servir la causa del hombre común, con la misma humildad con que el ensobrecido poeta de antaño penetró en el tiempo nuevo para reconciliarse con su propia alma, que es como reconciliarse con su propio ser y su propia esencia.

Cuando Estalle la Paz en las Universidades del Mundo.

Las universidades del mundo tienen que despertar a la realidad de que en el mundo de la postguerra ellas no pueden ser el área ambigua en que las convirtió el tiempo muerto de la preguerra. La mayoría de las universidades de esta época anterior se portaron mal. Se despreocuparon por completo del problema de conciencia que se había presentado con la crisis de la democracia para una humanidad futura. La cultura adquisitiva, o sea, la actitud que más cómoda le resultaba para halagar los instintos de rapiña del hombre de clases, le sirve de orientación a este período universitario, donde la tónica social, a veces estaba relegada a un profesor o a un grupo de profesores contra quienes pendía la amenaza de la expulsión o cuando menos la persecución sistemática de administraciones que se movían cautelosamente, sin ningún brío espiritual para intervenir en una contienda, donde se estaba jugando el destino del alma humana. La cultura adquisitiva creó el último conflicto entre el hombre aparente y el hombre real. La cuestión era crear en la universidad un tipo de mentalidad que creyera que su función cultural consistía simplemente en explotar un conocimiento en beneficio propio, en vivir ar-

mado de una cultura amoral, objetiva, desarticulada de los problemas circundantes, en convertirse en un hombre de clases que tenía un pleito con el resto de los hombres, en vez de crear el combatiente del futuro, el hombre que se busca a sí mismo en la profundidad de todos los tiempos, en la agonía del último minuto, el hombre que se siente legatario de un legado irrenunciable, que no puede desertar de la lucha de los demás hombres sin cometer el crimen moral más grande que se le puede reprochar a un ser pensante. El mundo de la preguerra estaba desilusionado del tipo de hombre culto que había producido la universidad. Era un hombre que sabía explotar su cultura sin ninguna mortificación espiritual, incorporarse a una tertulia de cultos, aislarse del pueblo, no arriesgar nunca su respetabilidad dentro de los mantenedores de un grupo, que arrastraban un pesado fardo de ideas muertas. Su única agresividad, la del desplazamiento, en una mortal lucha económica por la subsistencia.

Cuando estalle la paz en las universidades del mundo, habrá una sangrienta lucha de encrucijada, de pecho a pecho, de pulgada a pulgada, en nuestras instituciones docentes, que se habían refugiado en la tecnocracia con la morbosa aspiración de crear un hombre mecánico, con la monstruosa esperanza de que el área operatoria de las amputaciones pudiera extenderse hasta el propio corazón de las masas. No hay un solo problema de convivencia humana que haya salido decorosamente resuelto de las universidades de la preguerra. Parte de la beligerancia de esta doble guerra vamos a tener que dirigirla contra aquel concepto universitario que consideraba al graduado como un hombre apto para intervenir en los problemas empíricos de la universidad hacia arriba en vez de dotarlo para una decisiva colaboración hacia el pueblo.

Estamos en una época de descrédito no solamente de clases, sino aún de grupos internacionales, pangermanismo, paneslavismo, fórmulas de agresión todas contra el hombre común. Ya se ha visto que el balance de poder a lo único que tiende es a crear una estática que no resuelve el problema de la paz para el hombre; todavía tenemos los campos de batallas ensangrentándose cada hora para dilucidar la absurda tesis de las razas directoras. El Presidente de la Humanidad o el Congreso del Mundo y todas aquellas utopías de hace veinte años que en parte le hacían juego al pacifismo capitalista pertenecen hoy al fardo de ideas muertas que arrastra con patética tozudez el hombre moderno. La preponderancia de las inducciones políticas sobre los problemas peculiares de la cultura, está intentando aún la deformación psíquica, el tartamudeo espiritual de pueblos polilingües, que es

tanto como crear un grupo que no se sepa en cuál de los idiomas está recelando y con cuál de ellos está mintiendo descaradamente.

Cuando estalle la paz para las universidades del mundo, yo no veo cómo pueda existir una facultad de derecho que no se tropiece inmediatamente con el problema de que el reajuste del pensamiento liberal contemporáneo exige una nueva redefinición de los derechos del hombre; no puedo concebir cómo una facultad de economía pueda soslayar la nueva política agraria que está más presente en esta guerra de lo que generalmente se cree; no puedo intuir cómo el hombre de universidad no tenga que volverle la espalda a su incurable objetivismo para beber de nuevo, con ansia de doctrino en la fuente inmortal del humanismo. Se necesitará de la más fina crítica, del más agudo sentido de integración, del más puro instinto de maestro, para hacer el delicado trasplante al hombre contemporáneo. Hay que partir de la realidad moderna de que la cultura no es ningún orden superpuesto a la vida del hombre, sino fundamentalmente un hecho humano; que junto con el maquinismo muere el culturismo, que junto con la clase muere el grupo, que el panorama intelectual de la postguerra ha creado una nueva medida de educación donde cada hombre es superior a todos los hombres y todos los hombres no son más que el esfuerzo profundo de una época en que la justicia y la verdad desciendan a cada hombre, que fué la primera criatura creada por Dios.

Los Enemigos Inconscientes de la Reforma Universitaria en Puerto Rico.

Hay dos años en la historia de la humanidad que quedarán indeleblemente marcados en la conciencia de los hombres sensibilizados de nuestro tiempo. Son los años de 1940 y 1941. Aquellas noches en que nos pasamos sentados horas y horas junto a la radio, como imantados por una atracción fatídica, viendo como caía a pedazos un mundo que creíamos mantenido por las más preclaras ideas de todos los tiempos, presintiendo que entre los horrores dantescos de aquella lucha, en que sucumbía la culta Francia y la fina Grecia, o sea, el pasado y el presente de nuestras raigambres espirituales, iban desapareciendo idea tras idea de las que había formado nuestro credo de artista, nuestra convicción en un orden jurídico, nuestra razón de existir como hombre de raza, como hombre de clase, como hombre político, como ser sensible, como ente estético. Yo confieso que hasta ese momento no me había dado cuenta del tremendo destino que le impone sus orígenes al hombre americano. Había un mundo que moría a pedazos, y por mucha abstracción que hiciéramos nosotros de una lucha que aun estaba en cuanto a su aspecto bélico bastante lejos

de nuestra casa, nos dábamos cuenta que había un pedazo del mundo nuestro que moría, cada vez que medíamos el balance trágico que para la humanidad, había traído el concepto de raza, o el concepto de clase, o el concepto de masa, o el concepto de hombre político frente al concepto de hombre eterno. Hay que admirar el coraje y la visión que tuvieron los pensadores puertorriqueños que intervinieron en la redacción del estatuto de reforma universitaria para Puerto Rico. La declaración de propósitos está inspirada en las más puras tendencias a que pueda aspirar el hombre universitario del mañana.

Fué claramente expresado en esa declaración de propósito que la política de esta universidad tiene que revertir en cuanto a escolástica al humanismo que trata de conservar la personalidad humana, la identidad del hombre dentro de los universos artificiales que ha creado la economía y la política contemporáneas, para concretar su tarea creadora dentro y fuera de Puerto Rico, a rescatar el alma humana que se había detenido aterrizada en la puerta de las universidades viendo el poco valor que en el papel cuadriculado se le concedía a las formas superiores de existir. El estatuto se afianza asimismo frente al pleito característico de nuestra época; o sea, en la revolución del concepto "pueblo" contra el concepto "clase". Pueblo que es algo más definido que el concepto de "masa" que ya bastante nos cuesta en sospechas y cautelas baldías, "pueblo" que es superior en contenido social, en unidad de cultura, en vitalidad política al concepto de "clase" porque en último análisis de coexistencia, la clase es lo único que se convierte en desertora de la realidad magnífica de cada hombre, de cada ser humano, de cada alma que entra serenamente sin áreas de explotación ni enchiqueramiento de seres, en la augusta, poderosa y espiritual célula de humanidad completa, profunda y viva que se llama "pueblo". Con este solo énfasis en la exposición de motivos se habilita en la Universidad de Puerto Rico otra casa docente en el mundo para rescatar con toda grandeza, al inquilino que peor hemos tenido acomodado, al hombre sencillo y bueno y por ello olvidado, y más que olvidado, desahuciado de la vida docente. La Universidad de Puerto Rico, pues, debe servir al pueblo y debe preparar servidores públicos.

En esta corta definición está toda la grandeza moral y todo el conflicto de la reforma. El conflicto con las ideas y el conflicto con los hombres dentro y fuera de la Universidad. Yo pienso en la reforma universitaria y siento de antemano una fraterna preocupación por mi buen amigo el señor Rector de la Universidad de Puerto Rico don Jaime Benítez. Porque la reforma universitaria va a ser más difícil de lo que muchos imaginaban. Todo el mundo ha venido cla-

mando por ella sin saber lo que quería. Tengo la dolorosa sospecha que una buena parte de los que clamaban por ella tienen de la reforma una idea tan compleja que puede ser que se nos conviertan en enemigos inconscientes de una reforma que en verdad lo sea. El conflicto está en la savia de tiempo nuevo que la anima, que la pone frente al que vive en tiempo viejo, que la incorpora junto al que va en plan de ayer, en plan de hoy y en plan de mañana. Cuando yo era miembro del Consejo Superior de Enseñanza se me acercó mucha gente, de esa que uno supone interesada en el problema de la cultura universitaria con unos planes de reforma que me dejaban entontecido de asombro. Hay pensadores puertorriqueños que hace veinticinco años que tienen guardada una universidad en el bolsillo, soñando con instalarla algún día para llenar sus arcadas inocentes con una dulce salmodia de nostalgias románticas. Sorprende asimismo el aislamiento aséptico que ha tomado nuestro catedrático de la realidad circundante, el panorama corto de sus meditaciones. En un momento en que la humanidad está soñando en repartir de nuevo los bienes patrimoniales del hombre, en acabar con el sentido de dependencia de la preguerra para empezar a preparar al hombre libre, seguro de su libertad, hay puertorriqueños, que luciendo sayal de liberales, le tienen miedo a la política agraria universal que habla todavía de restituciones mínimas.

Además el verdadero concepto de universalidad de la educación universitaria, que es la que crea la cabal unidad entre las culturas y las técnicas y las investigaciones de todos los pueblos para bien del género humano, y por ende de todos los hombres de Puerto Rico, va a chocar con la aspiración turbia de los muchos agazapados que consideran a la universidad como una área apta para instalar viejas ideas muertas que se lleva la vorágine de esta guerra en su aspiración tremenda por crear un hombre libre, un hombre que no le deba su libertad a ninguna raza, a ningún pueblo, a ninguna clase, un hombre que integre su libertad en el simple hecho de que todos los hombres nacieron libres. Yo recuerdo que hasta mí se acercaron personas con la pequeña pretensión de hacer una universidad llena de adjetivos nacionales donde se pudiera enclaustrar el alma de nuestro pueblo por los próximos cincuenta años, o hacer una universidad social que implantara el trabajo manual de cada estudiante como principio fundamental de su escolástica.

Hoy más que nunca la universidad de Puerto Rico necesita aventar sus ideas de pugna entre el medio y el hombre, entre el racial y el no racial, entre el culto y el inculto, entre el dogmático y el herético, para que circulen por sus arterias nuevas, el aire nuevo de un tiempo

que anuncia una poderosa revolución en la medida de los valores humanos. Francamente no creo en la existencia de un problema español, ni un problema norteamericano, ni de un problema religioso en Puerto Rico. Han sido fantásticos los pleitos de supervivencia o de superveniencia culturales que hemos peleado en Puerto Rico mientras el pueblo se nos moría de hambre. No creo en la existencia de un problema español en Puerto Rico, por el simple hecho de que nosotros somos españoles, y el pleito nuestro es con algunos españoles y no contra lo español, que es una cosa distinta.

No creo tampoco en la existencia de un problema norteamericano en Puerto Rico de tal tamaño que haga naufragar el alma puertorriqueña que es un alma vieja, sabihonda y taimada, mantenida por uno de los campesinados más puros de América. La guerra nuestra es contra el colonialismo norteamericano en Puerto Rico, el colonialismo económico y el colonialismo político. Ambos colonialismos son residuos de una página rezagada de un imperialismo económico que arruinó la política exterior de Estados Unidos y por poco destruye la convivencia americana. Contra este colonialismo luchan en Estados Unidos y en Puerto Rico una conjunción de mentes liberales que han tenido que pelear allá y aquí contra el complejo mercurial que produce la preguerra.

Yo no veo cómo la reforma universitaria pueda orientarse hacia el objetivo de cerrarle las puertas al aire nuevo que representaría para esta universidad nutrir su sistema circulatorio con las más finas mentalidades de España y Norteamérica, incluso las que más despertas estén en el combate de ahora. Lo único que podría lamentarse es que no pudiéramos traer un filósofo chino a que nos explique el secreto de paz íntima que anima a ese pueblo; ni que por la Universidad de Puerto Rico pase por los próximos veinticinco años, aunque tengamos que verternos hacia afuera por un funcionamiento sabático extensivo, el nuevo sentido de humanismo que está amaneciendo ahora, y del cual pretendió olvidarse ingenuamente nuestra instrucción primaria.

Función de la Cultura Democrática en el Porvenir de Puerto Rico.

La cultura democrática es la anteposición altruista de nuestro tiempo frente a los instintos adquisitivos de una clase docta. Parte de realidades y de profundidades mayores que los ingredientes puramente intelectivos de otra época en que la educación se adquiría no para servir a la vida de un pueblo, sino para crear una segregación dentro del mundo, en que el culto se sentía dotado de un instrumento poderoso capaz de trastornar el orden moral del hombre, que incluso

lo convertía en un espectador impasible de la gran tragedia humana. Ahora se entiende que toda educación debe estar impelida por una dinámica superior que la obligue a distribuir el conocimiento, como cualquier otro fruto social. Lo que se pretende es que el hombre culto de nuestro tiempo desarrolle una profunda curiosidad por el hombre, que todos los secretos de la sabiduría se muevan armónicamente para el rescate supremo de la dignidad humana, que no se acumulen sobre la humanidad tantos años vacíos ni el hombre cargue sobre sus espaldas con tantas ideas muertas, que el culto vuelva a sentir la humildad de Erasmo, que le exigía la mayor sencillez al filósofo para que nadie tuviera que dotarse de un conocimiento superior para entender el mensaje del filósofo. Para el pueblo de Puerto Rico llega esta nueva orientación en un momento de nuevas integraciones, sobre todo en las ideas sociales, que es nuestro avance más perceptible. Había perdido nuestra educación en el pasado toda relación con el hombre común. Sin embargo, el hombre común nos resolvió una de las más graves dolencias del espíritu: hizo renacer en los educadores la esperanza de una más fructífera asociación con el hombre de pueblo. Desaparece el concepto abstracto de masa, creadora de fuerzas ciegas de imponderable poder, y reaparece el concepto humano de pueblo, primer artífice toco de la cultura, que concreta el refrán antes que florezca el aforismo, que da su sabiduría de vida, su hecho humano, su rebelión y su revelación antes de que el Código Social se nos convierta en otro epítome del empirismo.

Si el estudiante o el catedrático puertorriqueños toman en hondo y en sincero este nuevo avance de nuestra filosofía educativa, vamos a acabar de un solo manotazo con el más grave peligro de nuestra cultura del porvenir, que está expuesta a ser una mera cultura imitativa, impuesta al hombre en vez de creada por el hombre, donde siempre la teoría se enfrentará con la inconformidad melancólica del beneficiario. Hay un pedazo de humanidad concreta y definida, hay un hondo problema de América, que se llama Puerto Rico, pueblo emigrado de cigarales y tierras margrales de una hispanidad andarriega, pueblo donde el soldado del descubrimiento aun da mandobles sonámbulos en nuestra criminalidad campesina, pueblo de argonautas frustrados, que ha vivido cuatrocientos años en una tierra de paz a regañadientes, forjando una pequeña raza que se ha rebelado contra toda convivencia híbrida, hablando un español arcaico, que tiene el alma arisca, avezada en la miseria, que desconfía de la ley, y que se ha unido en una unidad vital de cultura vieja, donde hay un descubrimiento de belleza y de sabiduría que hacer, donde incluso la cultura española debía estar buceando para ver hasta donde llega la pujanza

de su espíritu cuando se echa a andar por el mundo. No hay pueblo de América que tenga una raza campesina que pueda influir más en el destino de una cultura que Puerto Rico. Si vamos a hacer buen uso de la cultura democrática todavía nos falta por ver quién va a ayudar a quién, si la universidad al pueblo o si el pueblo a la universidad. Cuando este ciudadano nuestro, largo, historiado y sarmentoso, que habla con los muertos, y tiene siempre una media palabra con el diablo y la otra media se la guarda para el cura, aparezca en el escenario de nuestra cultura, como el personaje largamente buscado por un autor irresoluto, se va a descobijar esta universidad con el espantoso secreto de vida, con la tradición auténtica sin especulaciones librescas, con la potencialidad que tiene este ser arrinconado en el bello jardín empobrecido, de América el ornato.

Yo lo único que me atrevería a aconsejar es que cuando la universidad camine hacia nuestro pueblo, no vaya en el plan displicente que a veces adoptan los cultos para descender hasta el alma popular. Que no vaya en busca de originalidades ni de extravagancias pintureras. Que entable un diálogo ennoblecido con el alma vieja de nuestro campesino que es una sementera de gracia, un tomo rústico de filosofía, donde ya el pueblo ha creado algo que lo único que pide es la reproducción artística por la gente que pueda hacerlo. Gente que tanto gusta del cantar debe tener el espíritu hambriento de canciones; gente que tanto color saben darle a sus movimientos característicos, deben ser un auditorio formidable para el auto de fe, o el corralillo bien intencionado, o para la misión pedagógica, que con un profundo sentido de la historia, devuelva a estas pupilas de bobo de plaza fuerte, el espectáculo nacional que perdieron, cuando en una mañana de aventura pretérita, vinieron hacia América a buscar unas botijuelas de oro.

El Primer Agarre de la Reforma.

En lo que sí hay que insistir urgentemente es en que el sistema de becas siga ampliándose en una medida que permita que el pueblo llegue hasta la universidad. La mejor garantía de que los tipos representativos de la vida común puertorriqueña intervengan en nuestra vida universitaria es este sistema de becas. Esta administración ya ha conseguido bastante; debe continuar tratando de conseguir más; debemos unirnos todos a ella para que consiga más. Es muy difícil de calcular el apreciable material humano que en nuestro país no tiene oportunidad económica para llegar hasta la universidad. Hay una parte de nuestra población joven que queda confinada en cuanto a su formación intelectual, a un puro instinto de lector. Tal

vez el problema sería menos doloroso si en las escasas bibliotecas con que cuenta nuestro país, hubiera una persona que se dedicara a orientar estas lecturas sin rumbo, donde una mente joven pierde tanto tiempo en busca del libro que ayuda a formar tanto el carácter como la sensibilidad. El hábito de leer en Puerto Rico es un hábito desordenado, en cuya orientación intervienen personas que no tienen el menor sentido de su intervención. Parte de las ideas extrañas que pululan por nuestra isla, de las actitudes que nunca nos podemos explicar en nuestra clase media, es un afán de aprender que nadie trata de aprovechar, y que algunos se complacen en adulterar. Yo no sé como pueda la universidad rescatar este lector flotante, que algunas veces se acerca a algunos mentores inescrupulosos que explotan su hambre de conocimiento para lograrse glorias personales que no merecen. No me explico como puede evadir el hombre culto su obligación espiritual de rescatar cuanto antes a esta alma que nos pertenece. Pero sinceramente creo que el funcionamiento de la beca universitaria puede remediar este mal para el futuro ya que no podemos cerrar los ojos a la realidad de que una buena proporción de nuestra juventud inquieta se nos queda a medio hacer, sin que podamos culparla a ella.

Espero que el estudiante puertorriqueño encuentre dentro de la reforma universitaria la paz, el noble reposo que necesita una mente joven para enfrentarse con los problemas de su siglo, sin sentir el desquiciamiento que siente aquel que ha tenido que salvar su alma, sin ninguna noción clara de la subsistencia espiritual. Hay un primer agarre en nuestra reforma que no debe pasar inadvertido para el estudiante universitario de Puerto Rico. Los planes de esta reforma se han concebido con el más cuidadoso afán de conservar la personalidad humana del estudiante y no para aniquilar su brío. Se ha escogido para el aprendizaje inicial a las ramas más puras de las ciencias y del conocimiento, aquellas donde aparece toda la majestad del ser humano, para que el estudiante se encuentre a sí mismo, tan pronto entre en la universidad. No hay en el esquema de esa reforma ni el más mínimo intento de adulterar la conciencia nueva del universitario. Se le va a dar desde su primer día en la universidad la medida trascendente del hombre, su estatura moral a través de toda la sabiduría, su condición de criatura predilecta de Dios. No hay tampoco ningún intento de segregarlo de su siglo, sino por el contrario, ponerle frente a frente a todos los problemas del tiempo que podrían luchar por destruir su dignidad humana. Yo contemplo este nuevo tiempo universitario sin poder reprimir una involuntaria amargura. Hace veinte años que veníamos los jóvenes de Puerto

Rico a esta universidad a luchar contra una enemistad más, contra un recelo superior a nuestras fuerzas. La educación en aquella época se repartía no para despertar una curiosidad profunda en el estudiante en cuanto al destino de su alma y al medio que lo rodeara, sino más bien para destruir toda curiosidad superior, para que nos sintiéramos defraudados en toda ulterior iniciativa del espíritu. Hay un libro de cuentos mío "Los cuentos de la Universidad", donde traté de presentar el conflicto de aquella juventud que luchaba contra un régimen universitario que soñaba con domar juventudes en vez de tratar de enaltecer juventudes. Hoy disfrutan ustedes del privilegio que yo no conocí. No hubo un solo pensamiento del señor Rector de esta Universidad, ni del Consejo Superior de Enseñanza que no estuviera encaminado a crear una paz profunda en el estudiante puertorriqueño. Es el primer agarre fuerte de nuestra reforma, que se tiende hacia el porvenir con una sincera confianza depositada en ustedes.

El dilema que se le presenta hoy a la juventud de Puerto Rico es claro: o una resistencia baldía o una actitud de creación. El más humilde de ustedes, metido en el más modesto pueblo de Puerto Rico, armado con las armas legítimas de nuestro tiempo, puede crear una renovación moral insospechable. Que en nosotros no se malogre el nuevo espíritu de la universidad. Hay que salirle al encuentro a las otras almas que aun están sufriendo el desquiciamiento de un tiempo viejo para decirles que en la humanidad ha sonado la hora sagrada en que otra vez el hombre será libre, que la misión trascendente hoy es alistarse en este formidable reclutamiento de nuestra época, donde otra vez las almas caminarán hasta las cumbres ancestrales de la sabiduría y de la belleza para que de nuevo Moisés nos entregue las tablas del derecho del hombre, el único credo que subsistirá en la humanidad futura.

EMILIO S. BELAVAL.

o-O-o

ESTE DISCURSO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 25
DE AGOSTO DE 1943 EN LA
OFICINA INSULAR DE COMPRAS
DIVISION DE IMPRENTA
EN SAN JUAN DE PUERTO RICO.

CANJE

El Consejo Superior de Enseñanza de Puerto Rico
suplica y agradece el establecimiento de canjes
con las publicaciones similares de otras instituciones.
